

I. El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916

por FERNANDO ROCCHI

En 1908, mientras la Argentina vivía uno de sus momentos de mayor esplendor económico, el escritor Octavio Batolla miraba al pasado con nostalgia. No era el esplendor en sí lo que movía la queja del escritor, sino la forma en que el éxito iba modelando los valores de una nueva sociedad. Batolla, en verdad, pensaba que la economía había ido demasiado lejos; más allá de los ferrocarriles, puertos, estancias y chacras, que se mostraban como los logros de un país pujante, lamentaba que el crecimiento económico hubiera producido un cambio de tal profundidad en las costumbres como para barrer con los rasgos virtuosos de un pasado que no era completamente negativo. Con dolor, concluía que “si nuestros criollos del año '20 resucitasen, no reconocerían hoy, a buen seguro, la tierra natal en que desaparecieron para siempre (...) los devaneos más o menos inocentes de su juventud (...)”.¹

Al vociferar contra los cambios que el crecimiento económico había traído en las costumbres, Batolla no era una voz aislada. Antes que él, a fines del siglo XIX, un grupo de escritores nostálgicos había producido una serie de obras con el fin de recordar (y, aun más, de revalorizar) la sociedad de la posindependencia en la que ellos habían desplegado sus vigos juveniles. Uno de ellos —Santiago de Calzadilla— publicó en 1891 una lacrimosa colección de recuerdos a la que llamó *Las beldades de mi tiempo* y en la que se quejaba de la superficialidad y ostentación producidas por la expansión económica. Como hacen todos los nostálgicos, Calzadilla imaginaba un pasado demasiado armonioso frente a un presente excesivamente conflictivo. Los puntos de ruptura, sin embargo, no estaban elegidos al azar y transpiraban del contexto en el que escribía su relato. Refiriéndose a los años de su juventud, este hombre nacido casi con la Revolución de Mayo recordaba que, en ese entonces, las tertulias “se repetían al infinito, facilitadas por la sencillez, por el ningún aparato en los salones ni los tocados; pues no se daban para lucir trapos, sino para gozar del trato en el intercambio de ideas con tan bellas y distinguidas señoras”. El consumismo del fin de siglo, en cambio, contrastaba groseramente con los apuros en que se encontraban aquellos que realizaban convites en su propia casa sesenta o setenta años atrás, cuando “la vajilla andaba escasa. Las fuentes y platos, y sobre todo las cucharitas de café, eran insuficientes. En ese tiempo era rarísima la persona que poseyera más de una docena de cucharitas”.

En la imaginación de Calzadilla y de Batolla, los hombres de 1820 no podían reconocer el mundo de principios del siglo XX. Probablemente, y a pesar de los cambios ocurridos, los de 1910 se sorprenderían menos si resucitaran en la actualidad; aunque asombrados, podrían reconocer elementos que formaban parte de su universo. Los elementos del confort que tanto despertaban la atención (y la indignación) de los nostálgicos eran, en verdad, parte del despliegue de elementos materiales y simbólicos que no hacían más que mostrar los alcances de un proceso iniciado mucho antes, pero que sólo por entonces mostró que había llegado para quedarse y en el que la economía ocupó un papel crucial como fuerza dinamizadora de la modernidad.

Crecimiento Económico Y Exportaciones

En el período 1880-1916, la economía argentina experimentó un crecimiento tal que la llevó desde una posición marginal a convertirse en una promesa destinada a ocupar en América del Sur el lugar que los Estados Unidos tenían en América del Norte. Si bien lo ocurrido en el resto del siglo terminó por desestimar tan favorables pronósticos, en aquellos años no había dudas sobre el porvenir de gloria que le esperaba al país. Y la realidad parecía demostrarlo; en los treinta y seis años que siguieron a 1880, mientras la población se triplicaba, la economía se multiplicó nueve veces (véase Cuadro nº 1). El producto bruto interno creció, en ese período, a una tasa del 6% anual. Más aún, el producto per cápita lo hizo a aproximadamente un 3%, un dato todavía más revelador dada la cantidad de inmigrantes que llegaron, por entonces, al país. Estas cifras resultaban inusuales para esa época, en que la economía mundial crecía a un ritmo más modesto que lo que hemos estado acostumbrados a ver desde la segunda posguerra. En efecto, el crecimiento del producto per cápita en la Argentina superaba, aunque levemente, al de los Estados Unidos —el ejemplo más llamativo de prosperidad de la época— y holgadamente al de Francia, Gran Bretaña y Japón.

El motor del crecimiento económico fueron las exportaciones de productos primarios. Desde mediados del siglo XIX, las ventas al exterior de lana habían crecido de manera sostenida y convertido a este producto en el principal bien exportable del país, desplazando al cuero y otros derivados del vacuno que habían dominado el comercio internacional en los años que siguieron a la independencia. Entre las décadas de 1840 y 1880, la “fiebre del lanar” pobló de ovejas refinadas de raza Merino los campos de la región pampeana y sentó las bases de su crecimiento económico. A fines del siglo XIX, la estructura de las exportaciones comenzó a diversificarse con la producción de nuevas mercancías para vender en el exterior, como cereales, lino, carne congelada ovina y animales en pie. A principios del siglo XX, la carne refrigerada vacuna se transformó en una nueva estrella (que brillaría con más vigor a partir de la década del veinte), mientras los cereales ampliaban su presencia. Cultivos y vacas de raza desplazaron a las ovejas hacia el sur y cambiaron el paisaje de las pampas hasta modelarlo con las características que aún hoy continúan prevaleciendo. Los cambios, por otro lado, no sólo implicaron un aumento en la diversidad sino en el volumen físico y el valor de las exportaciones que, entre 1880 y 1916, se incrementó nueve veces, al mismo ritmo que el producto bruto interno (véanse Cuadros nº 1, nº 2 y nº 3).

Cuadro nº 1: Producto bruto interno per cápita 1875-1913 (en dólares de 1970)

Año	Argentina	Canadá	Italia	G. Bretaña	EE. UU.
1875	334	631	565	1041	826
1899	946	1020	560	1386	1387
1913	1151	1466	783	1492	1815

Fuente: Roberto Cortés Conde, La economía argentina en el largo plazo (siglos XIX y XX), Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1997, p. 293

Cuadro nº 2: La economía argentina 1881-1916

La población es en miles; el producto toma como año base a 1900 = 100; las exportaciones y las importaciones están en millones de libras; los ferrocarriles, en kilómetros.

Año	Población	Producto	Export.	Import.	Ferrocarriles
1881	2.565	21,86	11,1	11,1	2.442
1885	2.880	44,70	16,8	18,4	4.541
1890	3.377	58,59	20,2	28,4	9.254
1895	3.956	82,69	24,0	19,0	14.222
1900	4.607	100,00	31,0	22,6	16.767
1905	5.289	164,30	64,6	41,0	19.682
1910	6.586	197,43	74,5	70,4	27.713
1916	7.885	201,02	99,4	59,8	34.534

Fuente: Elaboración propia basada en Vicente Vázquez Presedo, Estadísticas históricas argentinas. Primera parte, 1875-1914, pp. 15-6, 65-6, 75, 105, y Segunda Parte, 1914-1939, Buenos Aires, Macchi, 1971, p. 183; Roberto Cortés Conde, La economía argentina..., pp.230-1.

El auge exportador argentino fue parte de un proceso de internacionalización del intercambio comercial que se aceleró a fines del siglo XIX con el desarrollo del capitalismo internacional. Las economías más avanzadas estaban, por entonces, viviendo un proceso de industrialización, algunas como continuación de la revolución industrial iniciada años atrás y otras como el comienzo de una nueva etapa, que generaba tanto un exceso en la producción de bienes manufacturados (a los que había que exportar) como un aumento en la demanda de alimentos para su población y de las materias primas necesarias para sus fábricas (a los que había que importar). Aunque gran parte de este comercio se realizaba entre estos mismos países, la importancia de los mercados extraeuropeos fue creciendo hasta llegar a ocupar, a principios del siglo XX, un lugar relevante en la economía internacional.

Así como se comerciaban los bienes y servicios de un lugar a otro, también los factores de producción móviles —como el trabajo y el capital— fluyeron en el marco de esta internacionalización económica. El movimiento, como resulta fácil de esperar, se dio desde aquellos lugares en que estos factores eran abundantes hacia donde resultaban escasos. Una Europa con exceso de población se convirtió, entonces, en la principal fuente de salida de mano de obra hacia las zonas que la requerían y que ofrecían salarios más atractivos. La industrialización en las economías más dinámicas, por otro lado, produjo excedentes de capital que, ante la disminución en la tasa de rentabilidad que la saturación productiva generaba en sus propios mercados, estaban ansiosos por migrar hacia donde se le ofreciera una ganancia mayor. La migración de trabajo y de capital requería un cierto marco de orden político y jurídico en los lugares de recepción, que protegiera vidas, propiedades y emprendimientos. En ciertas áreas, como ocurrió en gran parte de Asia y de África, el dominio colonial europeo aseguró este marco a través del control militar y político directo. En el caso de los países independientes de América Latina, la formación de los Estados centrales —que puso fin a las guerras civiles que siguieron a la independencia— brindó este contexto.

A mediados del siglo XIX, la inserción de la Argentina en el mercado capitalista mundial era débil, dato que no resulta sorprendente al tener en cuenta que estaban ausentes las condiciones para lograrla; el país, en verdad, no tenía ni capitales ni población suficiente como para producir bienes exportables en gran escala. Más aún, ni siquiera había un Estado central que pudiera ofrecer el orden político necesario para recibir estos factores escasos. Este orden finalmente llegó después de un largo, costoso y complejo proceso que comenzó a gestarse con la batalla de Caseros, en 1852, y culminó en 1880, cuando las tropas del gobierno central vencieron a la última rebelión provincial. En este proceso, el Estado en formación comenzó a garantizar la seguridad jurídica, la propiedad privada y el movimiento libre de capitales, con lo que llegaron las inversiones extranjeras y los inmigrantes.

Cuadro nº 3: Principales exportaciones argentinas 1881-1914 (en miles de pesos oro)

Año	Lana	Carne refrigerada ovina	Trigo	Maíz	Lino
1881	30.432	---	---	147	604
1885	35.950	75	---	3.140	3.471
1890	35.522	1.633	---	9.837	1.229
1895	31.029	1.675	64	19.472	8.287
1900	27.992	2.265	2.459	48.628	10.674
1905	64.313	6.289	15.286	85.883	26.234
1910	58.848	6.008	25.371	72.202	44.604
1914	46.968	4.695	36.897	37.166	42.948

Fuente: Elaboración propia basada en Vicente Vázquez Presedo, Estadísticas históricas argentinas. Primera parte, 1875-1914, Buenos Aires, Macchi, 1971, pp. 69-71.

La Argentina contaba con un factor de producción abundante sobre el que se basó (a partir de la combinación con los que eran escasos) el crecimiento exportador: la tierra. El tipo de tierras y el clima de las pampas permitieron la producción de bienes que contaban con una demanda creciente en el mercado mundial, así como convirtieron a la región pampeana en el eje de una expansión que parecía no conocer límites. Y no faltaban razones para pensarlo; la dotación de tierras se mostraba como inacabable, mientras que la fertilidad del suelo hacía que la producción agropecuaria resultara altamente eficiente por los bajos costos que implicaba en términos internacionales.

La ocupación del espacio pampeano por parte de los blancos se fue desplegando en el tiempo a partir de una frontera que se desplazaba esporádica pero irreversiblemente sobre el territorio indígena. El salto final se produjo con la Campaña del Desierto, liderada por el general Julio A. Roca en 1879. En la década de 1880, con las campañas en el Chaco y en la Patagonia, esta frontera terminó por desaparecer. La expulsión de los indígenas, sin embargo, no significaba que las tierras entraran de inmediato en la producción. A partir de la conquista se dio otro proceso más lento, el del avance de la frontera productiva, que se desplegó durante varias décadas y alcanzó recién en la de 1920 el límite de su expansión.

Este doble movimiento de fronteras, la política y la productiva, resulta peculiar de la Argentina pues, a diferencia de otros lugares del mundo, no era la presión de una masa de población ávida de tierras la que impulsaba la conquista militar. En nuestro país, por el contrario, fue esta conquista la que atrajo a los pobladores ofreciéndoles una vasta extensión de tierras vírgenes. Su apropiación, por otro lado, precedió al poblamiento y aun a la propia conquista (como ocurrió con la venta de grandes extensiones para poder financiar las expediciones militares). A partir de su apropiación y poblamiento, las tierras se destinaron a la producción y, paralelamente, una parte de ellas comenzó a comprarse y venderse en un mercado cada vez más dinámico. Por su abundancia, el precio de la tierra fue, en un principio, muy bajo. A partir del avance de la frontera productiva, sin embargo, su valor comenzó a subir y, entre 1880 y 1913, el precio promedio de la tierra pampeana se multiplicó por diez.

El trabajo necesario para el proceso productivo fue provisto por la acción conjunta del crecimiento demográfico, de las migraciones internas y, sobre todo, de la inmigración. Para que esta última tuviera lugar operaron las malas condiciones de los superpoblados países europeos y los incentivos que ofrecía la Argentina, básicamente una favorable diferencia de salarios y las posibilidades de movilidad social que ofrecía un país nuevo. Este proceso será analizado en los capítulos siguientes por lo que aquí me centraré en el otro factor escaso que migró hacia la Argentina: el capital, al que se le ofrecieron oportunidades para lograr ganancias extraordinarias. Las inversiones extranjeras se desplegaron siguiendo dos elementos cuya importancia relativa fue cambiando con el tiempo: la seguridad (que fue crucial al principio del proceso) y la rentabilidad (que fue cobrando, a medida que aumentaba la confianza en el país, cada vez más atractivo como factor independiente). El primer elemento era sólo en parte similar al que hoy en día se denomina seguridad jurídica pues tenía, por entonces, un cariz más dramático. La Argentina, en efecto, había vivido durante buena parte de la primera mitad del siglo XIX en medio de una atroz guerra civil donde las confiscaciones, la arbitrariedad y la ausencia de la ley habían sido una constante. En esa atmósfera, ni siquiera las instituciones gubernamentales despertaban confianza.

En uno de los momentos de efímera paz, durante la presidencia de Bernardino Rivadavia, el gobierno había contraído un préstamo con inversionistas ingleses. El crédito tenía como fin la inversión productiva pero el clima político inestable, sumado a los requerimientos de la guerra con el Brasil, había derivado el dinero hacia otros destinos. La disolución del gobierno nacional, por otro lado, llevó a que la deuda se declarara impagable por lo que los capitales extranjeros se mantuvieron lejos de la posibilidad de realizar un nuevo préstamo y concentraron sus energías en recobrar el dinero prestado. No resulta sorprendente, entonces, que cuando a mediados del siglo se impuso la idea de alentar la llegada de nuevos capitales, se hiciera un arreglo con los acreedores extranjeros y se estableciera la forma en que finalmente se les pagaría.

El arreglo del problema de la vieja deuda era parte de la construcción de una atmósfera favorable para la llegada de nuevos capitales que requería un marco jurídico y legal más amplio. La Constitución de 1853 fue la base para lograrlo, al establecer el carácter sagrado de la propiedad privada y prohibir expresamente la confiscación. La seguridad que brindaba la ley, sin embargo, no eliminaba los riesgos del mercado. Fue el naciente Estado el que, con el objetivo de atraer inversiones, los disminuyó ofreciendo garantías de rentabilidad a los inversores. Mientras tanto, se iba generando la garantía final del movimiento de capitales: la confianza (que llevaría a la disminución del riesgo-país), un valor que sólo pudo ser construido en el largo plazo.

Directora de tomo. Mirta Zaida Lobato

El Estado impulsó la primera ola de inversiones a través de la emisión de bonos del gobierno sobre los que se pagaba un interés mayor que el que brindaba un banco europeo; justamente, en esa diferencia de rentabilidad estaba el interés por comprados. Pero ninguna ganancia hubiera resultado atractiva de no ofrecerse seguridades sobre su pago. La mejor muestra de seguridad estaba en el propio Estado, que ofreció sus ingresos como garantía y que, a la vez, pudo afianzarse gracias a esos préstamos que fortalecieron su aparato militar y burocrático, así como la posibilidad de subsidiar a los aliados provinciales.

La gran mayoría de los capitales provenía de Gran Bretaña, que conservaría por varias décadas ese papel predominante en el conjunto de las inversiones extranjeras en la Argentina. Así como compraron los primeros bonos del Estado, los ingleses también iban a invertir su capital en las vías de transporte que la producción necesitaba para poder comercializarse y exportarse: los ferrocarriles. La rentabilidad de las primeras inversiones ferroviarias extranjeras estuvo garantizada —como los bonos— por el Estado que, durante la mayor parte del siglo XIX, les aseguró una ganancia (que generalmente rondaba el 7%) sobre el capital invertido. Como premio adicional, a algunas empresas se les cedió una amplia extensión de tierra al costado de las vías, que éstas transformaban en un negocio inmobiliario a partir de su venta. La garantía estatal tenía como contrapartida su injerencia en la fijación de tarifas. Cuando todavía el país no ofrecía condiciones de seguridad suficientemente firmes, esta fórmula fue la más atractiva. Sin embargo, cuando resultó evidente que esas condiciones existían (y que, además, permitían altas ganancias), las compañías: británicas prefirieron desestimar la garantía con el fin de quitarse de encima la intrusión estatal y afrontar los riesgos del mercado.

Si bien el grueso de la inversión ferroviaria fue realizada por los británicos, la primera vía de tren la construyó el estado de Buenos Aires en 1857, cuando estaba separado del resto del país. Era ésta una pequeña línea que iba de plaza Lavalle a la de Miserere y que terminó convirtiéndose en el Gran Oeste Argentino. Esta compañía, que fue extendiendo sus ramales por la provincia, continuó siendo de propiedad estatal hasta 1890, año en que fue vendida después de un largo y controversial debate público y legislativo. El debate dividió a quienes querían mantenerla dentro de la órbita del Estado (y que esgrimían el argumento de su eficiencia y rentabilidad) frente a los que la veían como un elemento disruptor de la iniciativa privada y estaban a favor de su venta. La última posición, liderada por el presidente Miguel Juárez Celman, ganó y la empresa terminó vendiéndose a los ingleses, que la rebautizaron como The Buenos Aires Western Railway. Una experiencia similar tuvo el estatal ferrocarril Andino, que unía a Buenos Aires con las provincias cuyanas, y que pasó a convertirse en el Great Western Argentine Railway. Para entonces, los británicos ya habían realizado importantes inversiones directas en compañías ferroviarias. Entre ellas, se destacaban el Gran Sud, que se extendía por el sur de la provincia de Buenos Aires transportando lana con destino a la estación Constitución; el Central Argentino, que se transformó en el eje de los transportes en la región a partir de su línea madre que iba de Córdoba a Rosario; y el Ferrocarril Argentino del Este, que atravesaba la Mesopotamia.

En la década del ochenta las inversiones ferroviarias se multiplicaron y, hacia el fin de ella, la fiebre generada por ese tipo de actividad hizo que la red ferrocarrilera pasara de los 2.500 a los 9.000 kilómetros (véase Cuadro nº 2). Esta red, que continuó extendiéndose en las tres décadas siguientes, posibilitó la puesta en producción de nuevas tierras, así como la explotación de nuevos productos

Directora de tomo. Mirta Zaida Lobato

exportables. Mientras las antiguas y recientes líneas británicas crecían en cantidad de carga transportada, capitales franceses invirtieron principalmente en dos ramales, uno que iba de Rosario a Bahía Blanca y otro en la región central y norte de la provincia de Santa Fe. El Estado nacional, por otro lado, continuó construyendo ferrocarriles en las zonas donde el capital privado no quería aventurarse, como ocurría en buena parte del Noroeste, de la región chaqueña y de la Patagonia. Dado su carácter “de fomento” (como entonces se los llamaba), estos ferrocarriles se construían con la más económica trocha angosta, que hacía los viajes más lentos y fatigosos, pero cuya extensión representaba, hacia 1916, un 20% del total. En esa fecha, el sistema ferroviario había superado los 34.000 kilómetros, una cifra mayor que los 25.000 de México y los 22.000 del Brasil, aunque mucho menor que el estadounidense, que alcanzaba los 350.000 kilómetros. Desde entonces, la expansión ferroviaria se desaceleró y entró en el estancamiento. Sólo la concreción parcial de algunos proyectos gubernamentales (como el ferrocarril que cruzaba los Andes en Salta) posibilitó la construcción de nuevas vías. El capital privado no se aventuró más, pues el fin de la expansión ferrocarrilera mostraba que se había llegado a los límites de la frontera productiva rentable.

Los británicos invirtieron, a la vez, en tierras, comercio y hasta industria. Pero fueron los bonos del Estado y los ferrocarriles los que acapararon su atención. También invirtieron, aunque en un grado mucho menor que Gran Bretaña, otros países europeos como Francia (además de los ferrocarriles mencionados, lo hizo en el puerto de Rosario), Alemania (que ejercía una posición dominante en la provisión de electricidad), Bélgica e Italia. A principios de siglo comenzaron a llegar capitales norteamericanos. Aunque todavía en 1914 sus inversiones eran cuarenta veces menores que las británicas, mostraron un dinamismo que las iba a llevar a convertirse, avanzado el siglo XX, en las principales del país. En un principio, el grueso de ellas se centró en bonos estatales, repitiendo lo que había sucedido con los ingleses varias décadas atrás y mostrando la precaución con que el capital se maneja frente a un mercado nuevo. A la vez, los norteamericanos invirtieron en una operación más riesgosa, aunque potencialmente más prometedora: los frigoríficos. Estas empresas permitían el procesamiento de vacunos con destino a la exportación, pero de unos animales que eran muy distintos de los que habían poblado las pampas desde la época colonial.

A fines del siglo XIX comenzó a exportarse ganado vacuno en pie para su faena en el lugar de consumo. Esta línea de exportación se desvaneció ante la invención del buque frigorífico que, por la acción del frío, permitía transportar la carne conservada hasta los mercados europeos. El principal comprador de carne argentina era Gran Bretaña, donde este alimento se fue popularizando cada vez más gracias a los bajos costos con que el producto salía de las pampas. Esta orientación hacia la venta externa transformó las razas bovinas utilizadas por los productores. El vacuno criollo, flaco y con cuernos, fue reemplazado por animales refinados —como los de la raza Shorthorn— que se importaban de Inglaterra pues su carne era más tierna y grasosa y, por ende, más apta para el consumo europeo. En un principio la carne se enviaba refrigerada, resultado de un proceso con mucho nivel de frío que conservaba la frescura del producto pero que, al descongelarse, le quitaba parte de su sabor y poder nutritivo. El perfeccionamiento de las técnicas llevó al enfriado, por el cual la carne se mantenía a un frío menor, pero lo suficiente como para cruzar el Atlántico y mantenerse más cerca del sabor y las virtudes originales. Las técnicas más modernas fueron empleadas en los frigoríficos argentinos cuando los norteamericanos desembarcaron con sus capitales, compraron algunas de las empresas en manos de los ingleses y abrieron otras nuevas como Swift y Armour, levantando instalaciones donde empleaban a varios

miles de trabajadores y aplicaban los métodos más modernos de organización de la producción que se utilizaban en las firmas similares de Chicago.

Los ferrocarriles fueron fundamentales para hacer que la Argentina se convirtiera en un exportador de cereales en gran escala. Si bien las primeras redes ferroviarias se extendieron sobre zonas que ya contaban con una carga apreciable para transportar (como el Gran Sud y el Oeste, que trataban de captar el comercio de lanas), en otros casos fue su propia construcción la que impulsó, como efecto multiplicador, la producción. Así ocurrió en la zona recorrida por el Central Argentino, que había obtenido la usual lonja de tierra que fragmentó y vendió entre colonos, mayormente italianos, que se dedicaron al cultivo de cereales. La producción de esta zona se unió a la de colonias más antiguas, que habían surgido en torno de Esperanza, fundada en 1857 al noroeste de la ciudad de Santa Fe.

Las colonias, formadas por inmigrantes y dedicadas preferentemente a la agricultura, se caracterizaban por la alta presencia de propietarios de la tierra entre sus pobladores. Ni los pequeños propietarios ni las explotaciones agrícolas habían faltado antes de la existencia de las colonias (la historiografía reciente nos muestra su presencia desde fines de la época colonial). Sin embargo, el cambio que éstas produjeron fue de tal magnitud que transformó a la Argentina de país importador en exportador de cereales. La producción de las colonias encontró rápida aceptación en el mercado interno, al que logró abastecer y, en 1876, inició una nueva tendencia al permitir el primer embarque de cereales. De allí en más, nuevas colonias se fueron desplegando en el cinturón de la frontera productiva de la región pampeana que iba desde Entre Ríos hasta el territorio de La Pampa. Siendo importantes, las colonias no llegaron a representar el grueso de la actividad agropecuaria pampeana, en la que la estancia iba a ocupar la mayor parte de la tierra productiva.

En los primeros años del siglo XX, la Argentina ya había delineado un perfil productivo y exportador que continuaría por muchos años: cereales y carne con destino a los mercados europeos (véase Cuadro nº 3). El número de productos que formaban el grueso de la exportación —trigo, maíz, lino, carne vacuna y lana— no era alto. Pero la cantidad exportada era tal que los ingresos provenientes del exterior diluían los efectos de la falta de diversificación. En 1910, el país se había convertido en el tercer exportador mundial de trigo del mundo, lejos del primero —Rusia— pero no tanto del segundo —los Estados Unidos—. En otros productos, como la carne y el lino, su posición en el mercado mundial era todavía más significativa. Fueron las épocas en que la Argentina comenzó a ser llamada “el granero del mundo” y en que su carne se convirtió, junto con su fama, en una verdadera marca del país.

La Economía Pampeana

Las transformaciones ocurridas en la esfera macroeconómica se correspondieron con cambios en las unidades productivas. La producción de cereales con destino a la exportación comenzó, como se ha dicho, en las colonias agrícolas. Allí, la regla era que los agricultores fueran propietarios de una parcela de tierra que, en promedio, alcanzaba unas 50 hectáreas. Los colonos trabajaban junto con sus familias, pero se veían en la necesidad de emplear mano de obra adicional (así como de intensificar la explotación de la familiar) para las tareas que, como la cosecha, eran

trabajo-intensivas. El costo de la contratación de peones era significativo para estos colonos que no tenían mucho más capital que su tierra. Por ello, no resulta casual que la primera “fábrica” de maquinaria agrícola (abonadora de mano de obra) del país fuera un pequeño establecimiento en la colonia de Esperanza.

A principios del siglo XX, el escenario microeconómico del agro pampeano cambió cuando buena parte de la producción cerealera comenzó a originarse en estancias, establecimientos bien diferentes de las colonias. La estancia, considerada como una unidad económica desplegada en una gran extensión de tierra, había caracterizado el paisaje pampeano desde la época colonial. Los cereales se produjeron, sin embargo, en la “estancia mixta” (así llamada porque combinaba la agricultura con la ganadería), un tipo de unidad productiva nueva, con una serie de instalaciones y un manejo empresarial que la volvían diferente de la vieja estancia. En ella no sólo la producción de cereales aparecía como novedad; la ganadería que se explotaba era también distinta de la de los antiguos establecimientos, pues se trataba de producir primero ovinos y posteriormente vacunos refinados que terminarían, después de su faena en los frigoríficos locales, siendo exportados.

En las “estancias mixtas”, el estanciero se dedicaba al engorde (o invernada) de este ganado. El negocio de la invernada era muy lucrativo, siempre que se asegurara que el forraje para los animales tuviera costos bajos. La forma que estos estancieros encontraron para abaratar esos costos fue la asociación económica con un grupo de gran importancia, tanto cuantitativa como cualitativa, en el agro pampeano: el de los chacareros. Los chacareros explotaban una fracción de tierra, generalmente para producir cereales, pero no eran dueños de la propiedad sino que la arrendaban. Su beneficio estaba en vender sus cultivos, pagarle un arriendo al propietario —un estanciero o una compañía colonizadora que alquilaba tierra rural— y obtener una diferencia. En el caso de que el contrato fuera con un estanciero invernador, los chacareros se comprometían a dejar el campo alfalfado al finalizar el contrato. El negocio del estanciero invernador, en consecuencia, era doble: cobraba la renta por la tierra alquilada y obtenía la tierra alfalfada donde iba a engordar sus vacas.

Los chacareros arrendaban la tierra por uno o dos años y, después de dejarla lista para el engorde, se desplazaban a otra parcela que podía ser (o no) del mismo dueño. Este sistema originaba un movimiento sobre el cual se ha discutido mucho. Para unos, era una espada de Damocles que pesaba sobre las cabezas de estos arrendatarios, pues dependían de la buena voluntad de los estancieros o de las compañías para poder continuar cultivando. Para otros, era una estrategia que le permitía al chacarero con escaso capital trabajar una mayor porción de tierra (que rondaba, en promedio, las 200 hectáreas), frente a la opción de ser dueño de sólo 50, como ocurría en las colonias.

Aunque sin ser propietarios de la tierra, los chacareros no eran el eslabón más bajo de la estructura social del agro pampeano. Ya sea desde la óptica pesimista u optimista del sistema en el que desarrollaban sus actividades, eran empresarios capitalistas en pequeña escala así como empleadores de mano de obra que (como los colonos) necesitaban para tareas agrícolas estacionales. Esta mano de obra era provista por peones, que recibían el nombre de “braceros” y que eran generalmente contratados por un período del año, aunque tampoco faltaba algún que otro jornalero que trabajara de manera más permanente en las tierras de un chacarero. Esta descripción somera, sin embargo, no puede llevar a pensar en un agro pampeano con grupos

Directora de tomo. Mirta Zaida Lobato

sociales homogéneos; mientras algunos chacareros eran empresarios capitalistas en ascenso, otros llevaban un nivel de vida poco holgado, que no era tan diferente del de los braceros.

El mundo de los estancieros mostraba su propia complejidad. Los invernadores estaban al tope de la estructura económica de la región pampeana, aunque no eran ellos los únicos miembros del universo de los dueños de grandes porciones de tierra. Una buena parte de los estancieros eran “criadores”, que se ocupaban de la primera etapa de la vida de los terneros, la previa al engorde. Los campos de cría eran de peor calidad que los de invernada por lo que, generalmente, los criadores eran menos ricos y prósperos que los invernadores. Más aún, la relación entre invernadores y criadores estuvo, no pocas veces, teñida por el conflicto (y llevó, en la década de 1920, a una lucha abierta por el control de la Sociedad Rural Argentina). Este choque se debía a los espacios de diferente jerarquía que ambos grupos ocupaban en la cadena de producción y comercialización del agro pampeano; mientras que los criadores quedaban (comercialmente) presos de los invernadores que les compraban sus novillos, los segundos tenían vinculaciones directas y fluidas con los frigoríficos, que constituían el lugar donde se concentraba la parte más rentable del negocio de la carne y con quienes podían negociar precios, pues eran sus proveedores. Esta generalización no quita que hubiera criadores poderosos, con gran cantidad de tierra y poder de negociación, ni que existieran estancieros que fueran criadores e invernadores a la vez. Esta división ni siquiera termina por describir las diferentes actividades realizadas por los estancieros. Un grupo generalmente diferenciado de los ya nombrados era el de los cabañeros, que se dedicaban a la importación y reproducción de animales de raza, por lo que ocupaban un papel fundamental en una economía que estaba renovando su stock de vacunos a ritmo acelerado.

Si bien las colonias impulsaron la primera producción agrícola en gran escala, la estancia mixta la hizo llegar a los niveles que convirtieron a la Argentina en uno de los graneros del mundo. Entre 1880 y 1890, cuando las colonias concentraban el grueso de la actividad, las exportaciones agrícolas pasaron de 450.000 a 25.000.000 pesos oro. En el siglo XX, con el auge de la estancia mixta (y contando, también, con el crecimiento de la producción de las colonias), estas ventas al exterior pasaron de 70.000.000 pesos oro en 1900 (cuando desplazaban a las lana por su valor en embarques) a 300.000.000 en 1913. La combinación entre agricultura y ganadería se mostraba, entonces, como una asociación altamente eficiente.

El agro pampeano se caracterizó por la ausencia de grandes conflictos sociales durante buena parte del período de auge exportador. El entramado que unía a estancieros, arrendatarios y braceros, sin embargo, no siempre era tan calmo. Cuando estallaba una crisis, como ocurrió en 1912 durante el llamado Grito de Alcorta (por la localidad del sur de Santa Fe donde comenzó el conflicto), las complejidades y tensiones del tejido social pampeano salían a flor de piel. Su fama se debió, en gran medida, a que fue el primer conflicto agrario de este siglo en el corazón de la región pampeana, en la que sólo el levantamiento de colonos en la provincia de Santa Fe en 1893 aparecía como un antecedente (algo remoto) de choque rural. Las razones de ambos enfrentamientos fueron, sin embargo, diferentes, tal como se verá más adelante. En los primeros años del siglo XX, el conflicto social se desarrolló más en las ciudades que en el agro, y tuvo a los obreros de las fábricas como sus principales actores.

La industria se desarrolló en torno a la producción de una serie de artículos de consumo y creció como resultado de un doble movimiento de protección arancelaria y aumento de la demanda agregada. La actividad manufacturera había comenzado a desplegarse tímidamente en la década de 1870 (a partir de la aplicación de tarifas aduaneras) y se había afianzado un poco más durante la expansiva década del ochenta. El crecimiento industrial, sin embargo, sólo logró cifras significativas en la década de 1890, cuando una crisis en el sector financiero fue seguida por nuevas tarifas y por una abrupta caída en el valor del peso. Por entonces surgieron una serie de grandes fábricas dedicadas a producir bienes de consumo que iban desde los alimentos y bebidas hasta la vestimenta y artículos de ferretería. Finalmente, a principios del siglo XX, la industria se desplegó con mayor fuerza a partir de un nuevo aumento de la demanda, logrando (en algunos casos) la producción estandarizada mediante el uso de máquinas modernas y aprovechando las economías de escala (véase Cuadro nº 4). Si bien éste fue el escenario para un número muy limitado de bienes y de fábricas, esta industria mostró los primeros síntomas de masificación, que resultaban novedosos en un país en el cual la sensación de tamaño había estado sólo asociada con el desierto. A pesar de esto, la expansión manufacturera pronto encontró serios límites para su expansión en las dimensiones del mercado que demandaba sus productos.

Cuadro nº 4: Peso relativo de los sectores de la actividad económica argentina 1881-1916
(en porcentajes del producto total)

Año	Industria	Agricultura	Ganadería	Transporte	Comercio	Gobierno	Construc.
1881	10,7	5,3	57,8	1,4	18,6	Sin datos	6,2
1885	9,0	6,4	42,5	1,9	16,3	6,6	17,3
1890	13,4	12,9	27,8	2,9	19,4	5,3	18,2
1895	13,8	21,3	30,4	3,0	19,9	5,2	6,0
1900	18,2	19,7	24,2	4,3	19,5	6,4	7,8
1905	22,1	18,9	17,1	3,9	19,5	3,8	14,7
1910	22,8	15,0	17,2	5,2	19,1	4,8	15,9
1916	27,8	18,3	18,3	5,7	22,0	4,0	3,9

Fuente: Elaboración propia basada en Roberto Cortés Conde, Estimaciones del producto bruto interno de Argentina, 1875-1910, Departamento de Economía, Universidad de San Andrés, p. 18.

La producción de esta industria, protegida por las tarifas aduaneras y poco eficiente, tenía como principal destino el mercado interno. Ni siquiera las actividades agroindustriales, con excepción de los frigoríficos, tuvieron éxito en el negocio de la exportación. Las producciones regionales protegidas, como el azúcar y el vino, no contaban con las ventajas comparativas que hubieran hecho posible la exportación; sólo el subsidio estatal permitió que el primer producto se vendiese al exterior por un breve período a fines del siglo XIX. La actividad molinera, aun contando con tales ventajas, vio limitadas sus posibilidades de exportación cuando los mercados externos se reservaron la molienda en sus propios territorios y prefirieron importar el cereal no elaborado. Una de las luchas más denodadas fue con el mercado brasileño, que finalmente terminó cediendo a la presión de los molineros de su propio país y se cerró a las importaciones argentinas. Una situación

diferente vivía la industria de la carne, no sólo por las ventajas de exportar los artículos procesados frente a la de enviar ganado en pie, sino también por la existencia de un mercado, sobre todo en Gran Bretaña, abierto para recibir el producto de los frigoríficos.

Dada la complejidad del entramado social del agro pampeano, resulta sorprendente que el conflicto social que tenía lugar en las ciudades no tuviera su correlato en el campo (influido por el dinamismo y el furor capitalistas) y que el Grito de Alcorta haya sido casi una excepción. Especialmente llamativo es que no se dieran más conflictos agrarios al estilo de los que tenían lugar, contemporáneamente, en los Estados Unidos. Allí surgió, en la década de 1890, un movimiento de protesta de amplio eco entre los agricultores (propietarios de la tierra, a diferencia de los chacareros pampeanos) que recibió el nombre de populismo; en 1896, su candidato presidencial señalaba que los agricultores sufrían el martirio de una “cruz de oro”, que no era otra cosa que el símbolo del comercio y las finanzas que los ahogaban. En la Argentina, estos sectores eran, asimismo, uno de los blancos preferidos de ataque de los productores; su importancia en el conjunto de la economía hacía entendible este reclamo.

El Comercio Y Las Finanzas

Los intermediarios en la cadena de comercialización eran otras tantas piezas del entramado económico pampeano, así como la fuente de eventuales conflictos. Los almacenes de ramos generales proveían a los chacareros de mercaderías y créditos, generalmente prendando la futura cosecha. Para levantarla, los agricultores requerían (además de peones) de máquinas agrícolas que, dada su escasez de capital, alquilaban a alguna de las empresas dedicadas a esta actividad. Una vez levantada la cosecha, era necesario enviarla rápidamente al puerto. Al carecerse de un sistema de elevadores de granos que permitiera almacenar el producto cosechado, los agricultores necesitaban cubrirlo con bolsas de yute provistas por un puñado de fábricas porteñas que, habiendo establecido un oligopolio, mantenían un precio artificialmente alto para sus artículos. Este sistema ponía al productor en una situación especialmente frágil, pues quería deshacerse de su cereal tan pronto como fuera posible, ante el riesgo de un temporal, e impedía que guardase lo cosechado hasta que los precios estuvieran a su favor. El transporte se realizaba a través del ferrocarril, cuyas empresas cobraban altos fletes y, frecuentemente, se aprovechaban de la premura del productor (y de la congestión en las cargas que implicaba que todos quisieran enviar la cosecha al mismo tiempo) para negarse a la negociación sus tarifas. Las casas exportadoras de cereales, que se ocupaban de la etapa final de la cadena de comercialización, tenían una actitud similar, por lo que los productores tendían a verlas como adversarios en el complejo proceso de exportación.

Los mecanismos de financiamiento eran, asimismo, uno de los cuellos de botella a los que se enfrentaba la producción agropecuaria. El sistema de créditos se basaba en la prenda hipotecaria. Por lo que aquellos que no poseían tierras se veían en dificultades (y debían recurrir a mecanismos paralelos, como el caso señalado de los almacenes de ramos generales). El crédito hipotecario estaba, sin embargo, relativamente difundido a través de una serie de bancos, cuya historia mostraba la potencialidad y los límites de la economía exportadora. A principios de la década de 1880, el escenario bancario estaba largamente ocupado por el Banco de la Provincia de Buenos Aires, de propiedad estatal, y caracterizado por una liberalidad creciente en la concesión de créditos. Los

Directora de tomo. Mirta Zaida Lobato

beneficiarios eran tanto el sector ganadero cuanto el comercial, aunque buena parte de su gestión estuvo interferida (o facilitada, según quien estuviera involucrado) por las conexiones con el mundo político, especialmente con el Partido Autonomista Nacional, que controlaba los destinos de la provincia y los del banco que la sostenía financieramente. El crecimiento económico de la década parecía justificar esta estrategia liberal y llevó a la mayoría de los bancos privados a compartirla, haciendo que la institución provincial estuviera lejos de la excepcionalidad.

Además de los préstamos directos, en esta década otro banco de la provincia de Buenos Aires — el Hipotecario— ocupó un papel destacado en el circuito de financiamiento agrario al oficiar de intermediario en la cadena de crédito que tenía como inversores finales a los ahorristas británicos. Esta cadena poseía como instrumento a las cédulas hipotecarias emitidas por el banco sobre la garantía que ofrecía la propiedad de la tierra. A cambio del dinero, el deudor se comprometía a pagar la amortización de capital más los intereses. Estas cédulas se negociaban, en primer lugar, en el mercado de Buenos Aires, para después hacerlo en el de Londres, donde encontraron una buena aceptación entre los inversores (muchos de ellos pequeños ahorristas) dada la imagen de país pujante que la Argentina tenía en ese momento (así como por el prestigio de las casas comerciales británicas que vendían estos valores). La deuda estaba contraída en pesos moneda nacional, un detalle que los inversores no tuvieron en cuenta y que iban a lamentar; en efecto, las sucesivas devaluaciones de la moneda hacían que su pago en pesos papel representara cada vez menos libras esterlinas. Los inversores británicos terminaron perdiendo dinero, pero también se desvaneció la oportunidad de emitir deuda en moneda local para venderla en el resto del mundo. A partir de allí, esta emisión se haría en pesos oro que, al ser equivalentes a la divisa extranjera, no dependían de las fluctuaciones en el valor de la moneda nacional.

La pérdida de dinero por parte de los inversores británicos (y la transferencia de ingresos a los deudores locales) era posible porque en la economía argentina se utilizaban dos monedas de manera paralela. Por un lado, circulaban los pesos papel o moneda nacional, que variaban con la emisión local. Por el otro, se usaban los pesos oro, atados a este metal que cambiaba por pautas internacionales mucho más estables. En la década del ochenta, los pesos moneda nacional eran emitidos por el Estado (o, más bien, por sus bancos) de acuerdo con las necesidades del erario, que generalmente eran muchas. De esta manera se producía una constante inflación que hacía que el peso papel perdiera su valor respecto del peso oro, cuyo aumento era llamado por entonces el “premio del oro”.

Para fijar una relación estable entre ambas monedas se implantó, en 1881, un patrón bimetálico, por el cual se respaldaba en oro y plata cada peso emitido localmente. Las posibilidades de mantener este sistema (que exigía un alto nivel de reservas) no eran muchas, por lo que en 1884, ante una pequeña crisis, se volvió a la “inconvertibilidad” o “curso forzoso”, que obligaba a aceptar la moneda según su denominación pero sin poder cambiarla libremente por oro (o plata), simplemente porque el Estado no tenía con qué pagar. La relación inestable entre las dos monedas favorecía a los exportadores, que obtenían sus ingresos en divisas extranjeras (equivalentes a los pesos oro) mientras que solventaban sus costos (salarios, créditos y compras hechas en el país) en pesos papel que se iban depreciando.

En 1887, el presidente Miguel Juárez Celman lanzó el proyecto —pronto convertido en ley— de creación de los bancos garantidos, una iniciativa que tendría una negativa repercusión en la

Directora de tomo. Mirta Zaida Lobato

historia financiera del país. De acuerdo con esta ley, cualquier banco tendría la facultad de emitir moneda siempre que comprara bonos del gobierno nacional que servirían como respaldo a esa emisión. La emisión de dinero por parte de un banco del Estado no era un fenómeno nuevo, pues el de la Provincia de Buenos Aires lo había hecho por mucho tiempo. La novedad estaba, sin embargo, en la extensión del mismo como parte de un proyecto político de amplio alcance. Juárez Celman pretendía quitarle poder a Buenos Aires y uno de los instrumentos que intentó utilizar fue el de concederle al resto de las provincias las mismas ventajas financieras de las que gozaba la primera. La ley de bancos garantidos llevó a la emisión descontrolada de dinero en todo el país; unida a la concesión liberal de créditos que se estaba produciendo, sentaron el terreno para que se desarrollara la crisis de 1890, que impactó desfavorablemente sobre la actividad bancaria.

La crisis terminó con el viejo sistema bancario liberal a través de la destrucción de buena parte del mismo. Muchos bancos privados y estatales, incluido el de la Provincia de Buenos Aires, fueron a la quiebra. La reorganización de la red bancaria se llevó a cabo a partir de las entidades privadas más conservadoras (que por ello habían podido capear el temporal) y, sobre todo, del Banco de la Nación Argentina, una institución estatal creada en 1891. Aunque ya había existido un Banco Nacional — que también sucumbió con la crisis—, la creación de la nueva entidad implicó un fenómeno de profundas consecuencias para un Estado central que ganaba poder al llegar a manejar el sistema a través de la nacionalización de la oferta monetaria; el control de la moneda resultó así una de las fibras que tejieron su entramado de poder a costa del de las provincias y, como ocurrió ante la rebelión de Carlos Tejedor en 1880, el resultado fue la derrota de la más poderosa de ellas.

El Banco de la Nación, según la idea del presidente Carlos Pellegrini, tendría una política diferente de la del Banco Provincia, conservadora en cuanto a la concesión de créditos y despolitizada a partir de una cláusula que impedía realizar adelantos al Tesoro. El terror que infundió la crisis permitió que esta política se mantuviera. En la década de 1890, el Banco de la Nación fue continuamente acusado de conservadurismo —y hasta avaricia— por su renuencia a conceder créditos. A pesar de las críticas, no sólo se mantuvo reticente sino que su ejemplo fue seguido por la banca privada que había sobrevivido la crisis y consideraba a la prudencia como un valor inestimable.

El renovado crecimiento económico que se produjo a principios del siglo XX cambió el panorama, aunque sin volver a la política de manos llenas de los ochenta. Tanto la banca oficial cuanto la privada se volvieron más generosas a medida que aumentaban los depósitos; los del Banco de la Nación, que siguió siendo la principal institución del sistema, crecieron a la par de la apertura de sucursales en todo el país, e hicieron que la institución reformara su carta orgánica en 1905 para permitir una mayor liberalidad. En ese período, además, se consolidaron algunos bancos privados y se abrieron otros nuevos. Una buena parte de esta actividad estaba ligada al fenómeno de la inmigración, por los ahorros y el manejo de las remesas a los países de origen que implicaba; no resulta extraño, entonces, que los Bancos de Italia y Español se convirtieran en poderosas instituciones. Un acontecimiento significativo fue la reapertura, en 1906, del Banco de la Provincia de Buenos Aires como el resultado de la iniciativa del gobernador y líder político de la provincia, Marcelino Ugarte, un caudillo político con un conocimiento profundo de las finanzas públicas sólo equiparado por su habilidad para manejar la mayor máquina electoral del país, en la que la acción económica del Estado ocupaba un lugar significativo. Sin embargo, el renovado banco estuvo lejos de quedar atado a la política del gobierno de turno, como había sucedido en décadas pasadas. La

mitad del capital lo proveyó la provincia, mientras la otra mitad lo hizo el sector privado a través del Banco de Comercio Hispano que, al reservarse el management de la institución, intentaba evitar su politización. Siendo algo más liberal que el de la Nación en cuanto a la concesión de créditos, el Banco de la Provincia de Buenos Aires también mantuvo la usual restricción aunque se convirtió —por su nivel de depósitos y créditos— en la segunda entidad del país.

En la década de 1910, la Argentina contaba con una serie de sólidas instituciones estatales y privadas que, sin embargo, no llegaban a formar un sistema bancario desarrollado; las instituciones no tenían conexión entre sí y una operación tan simple como el clearing recién llegó a establecerse en 1912. Lo más grave fue que la falta de una red bancaria llevaba a restricciones en un mercado de capitales ya limitado por su extrema prudencia. El conservadurismo, aunque amenguado, seguía tiñendo la actividad, como lo muestran las altas cifras de encaje con que operaban todas las instituciones. Esta práctica, más allá de las limitaciones que generaba, mostró una gran sabiduría. En 1913, cuando una nueva crisis anotó al país, los bancos sintieron el golpe. Sus grandes reservas, que resultaban de los encajes, hicieron posible mantenerse en pie y recuperar posteriormente su nivel de actividad, ofreciendo un panorama muy distinto del tendal de heridos que siguió a la crisis de 1890.

El grueso de la demanda bancaria estaba en el comercio, aunque los sectores productivos —tanto la industria cuanto el agro— recibieron una importante proporción de los créditos otorgados. Considerado como sector, la agricultura era la menos beneficiada por el renacer bancario (aun menos que la industria), un tema que generó críticas en su momento y ha sido considerarlo como uno de los que más afectaron a los pequeños productores. La acción del Banco de la Provincia de Buenos Aires muestra que esta crítica no dejaba de ser cierta; su objetivo declarado era ayudar al campo, por lo que llenó la provincia de sucursales que tenían que cumplir con este deseo. La ganadería, sin embargo, terminó acaparando este activismo crediticio y dejó a la agricultura en una situación más precaria. Más que una política sesgada del banco, las características de la agricultura bonaerense, llevada adelante por arrendatarios y aparceros sin tierras, y las del sistema crediticio rural, que buscaba garantía en la propiedad rural, se unieron en el caso de la región pampeana para hacer de los agricultores (que sufrían por la falta de préstamos en casi todo el mundo) un grupo especialmente sufriente frente a los problemas del financiamiento.

Mientras el sistema bancario se movía, a principios de siglo, dentro de un fuerte conservadurismo, el marco monetario lo hacía en medio de una novedosa estabilidad. En 1899, durante el segundo gobierno de Julio A. Roca, se adoptó una ley de convertibilidad monetaria que iba a tener una vida más larga que la de los intentos anteriores. Esta ley fijaba la conversión entre pesos papel y pesos oro bajo el sistema de patrón-oro, en el que la moneda emitida localmente contaba con el respaldo de reservas en este metal. A la vez, establecía una institución —la Caja de Conversión— que se encargaría de mantener la convertibilidad. El porqué de la sanción de la ley en ese momento es motivo de especulaciones diversas. Hay quienes sostienen que se produjo cuando el peso papel se estaba apreciando con respecto al oro, por lo que los exportadores habrían presionado al Estado para que interviniera frente a un mercado monetario que les resultaba crecientemente desfavorable. Otros creen ver en la ley el fruto de la preocupación por una inestabilidad permanente, que terminaba perjudicando a todos en el largo plazo, aun a los exportadores que no podían llegar a planear sus actividades. Cualquiera fuese la causa, el Estado puso en vigencia la ley cuando, en

1901, contó con las reservas suficientes para hacerlo, inaugurando una década de estabilidad monetaria que duró hasta la Primera Guerra Mundial, en que fue reimplantado el curso forzoso. La convertibilidad quedó, entonces, como una aspiración para tiempos mejores; volvió por unos años en la década del veinte, pero sólo para caer nuevamente frente a la crisis de 1929/1930.

Uno de los sectores que más pujaba por esta estabilidad era el comercio. Por un lado, la moneda devaluada desfavorecía las importaciones, que se veían así afectadas frente a la producción local. Por el otro, la inestabilidad afectaba el comercio interno, que incluía la actividad minorista y la mayorista. El comercio minorista ejercía una influencia considerable en la economía y en la sociedad; empleaba un gran número de personas, mientras se desplegaba en cualquier sitio que contara con una cierta demanda. Este tipo de actividad conservó muchas de sus características a medida que terminaba el siglo XIX y comenzaba el siguiente. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con el comercio mayorista que, habiendo estado tradicionalmente relacionado con la importación, comenzó a cambiar con el surgimiento de la producción local. Los mayoristas tendieron, entonces, a diversificar sus ofertas con productos importados y nacionales, e incluso surgieron empresas solamente dedicadas a los últimos. De manera paralela, aparecían nuevas especialidades, como la de los comerciantes mayoristas “introdutores” que se dedicaban a enviar mercaderías al interior. Los introductores, generalmente, poseían sus casas centrales en Buenos Aires y sucursales en las provincias, aunque no faltaron quienes tuvieron a Rosario, o aun a una ciudad más pequeña como Bahía Blanca, como base de lanzamiento para comerciar con el interior.

A principios del siglo XX se consolidaron las grandes tiendas, empresas que contaban con secciones especiales de venta y que combinaban el comercio con la producción a la manera en que lo hacían los department stores de los Estados Unidos y Europa, que revolucionaron el mundo del comercio allí donde se instalaron. Las grandes tiendas empleaban a varios centenares de empleados y obreros, y desarrollaban su actividad en edificios de a varios pisos y en talleres donde confeccionaban sus propios productos, especialmente los relacionados con la vestimenta y el mobiliario; la más importante de ellas —Oath & Chaves— contaba en 1910 con una casa central subdividida en dos edificios de seis y cuatro pisos en Buenos Aires, mientras daba trabajo a casi cinco mil personas. Las grandes tiendas tenían una comercialización dividida por secciones: calzado, juguetes, artículos de bazar, ropa infantil, de señoras, masculina, de novias, de luto y así hasta abarcar un amplio universo de bienes de consumo. A la vez, se dedicaron a la producción de ropa hecha en serie, que se vendía apilada en los anaqueles de estos mismos emporios del consumo, o se la enviaba a una red de negocios que cubría la casi totalidad del territorio argentino. El fenómeno de este tipo de empresas no se restringió, sin embargo, a Buenos Aires. Las ciudades más pobladas de las provincias, con consumidores de mayor poder adquisitivo, tuvieron sus propias grandes tiendas que eran una réplica (más grande o más pequeña) de las existentes en la capital del país. Rosario fue la que pudo emular con mayor éxito esta práctica comercial: las lujosas y espaciosas “Tiendas La Favorita” estaban allí para mostrarlo. El resto de las ciudades contó con establecimientos menores, mientras que cuando el movimiento comercial no lo justificaba, canalizó sus compras a las casas de Buenos Aires que se expandían, en buena medida, gracias a la consolidación del mercado interno.

Mercado Interno Y Mercado Nacional

Con ser rápido e intenso, el crecimiento económico que originó el boom exportador se desplegó de manera desigual en la geografía argentina. La región pampeana, de donde salía el grueso de la producción exportable, fue la que experimentó las mayores transformaciones y cosechó los mayores beneficios. El resto del país tuvo una evolución económica no sólo menos impresionante que la pampeana sino también más heterogénea, de acuerdo con la profundidad y la modalidad en que se integraba al mercado mundial. Ciertas áreas lograron una ligazón directa con este mercado a través de un producto específico, como ocurrió con el tanino del norte de Santa Fe y con la lana de la zona patagónica orientada al Atlántico, pero constituyendo economías de enclave que generaban pocos efectos multiplicadores. Otras zonas, ubicadas en las fronteras políticas recientemente definidas, se conectaron con los espacios comerciales de los países limítrofes donde comercializaban parte de sus bienes, aunque con resultados limitados tanto por el escaso potencial económico que ofrecían estos países cuanto por el creciente debilitamiento que sufría la paulatina integración de esas regiones con el mercado argentino. La posibilidad de vender algún producto a la expansiva región pampeana (y de esa manera vincularse, aunque de manera indirecta, al mercado internacional) se transformó en la alternativa más provechosa y en la llave del éxito para un par de economías regionales. Los casos más sobresalientes fueron los del azúcar —cultivado principalmente en Tucumán y, en menor medida, en Jujuy— y del vino —producido en Mendoza y San Juan—. Varias provincias, sin embargo, no lograron producir en gran escala bienes que fueran atractivos ni para el mercado interno ni para el externo por lo que tuvieron que contar, como fuente de supervivencia, con la realización de algún emprendimiento del Estado central —que iba desde un puente hasta un colegio— o directamente en los subsidios que éste les enviaba.

El crecimiento del mercado interno fue paralelo al de la economía exportadora. Es que, a diferencia de las economías de enclave donde predominaba el proceso extractivo, el desarrollo agrario pampeano generó efectos multiplicadores sobre el resto de las actividades. De cada divisa ingresada vía exportaciones, una proporción más o menos importante iba a algún sector o a alguna persona fuera de las “industrias madres”, que era como entonces se llamaba a la agricultura y la ganadería. El peso de las actividades secundarias y terciarias fue (como puede verse en el Cuadro nº 4) de una magnitud que no puede dejarse de lado al analizar la economía argentina del período. Es cierto que buena parte de esas actividades estaban íntima y directamente relacionadas con la actividad exportadora; el transporte y el comercio crecieron, en buena medida, vinculados con el movimiento de mercancías hacia el puerto, así como una parte del sector industrial estaba representada por los frigoríficos, que exportaban lo más valioso de su producción. A pesar de todo, la economía interna llegó a generar su propio dinamismo.

El mercado argentino se abastecía parcialmente de importaciones, que crecieron a la par del conjunto de la economía. Una buena parte de la demanda interna, sin embargo, fue provista por la oferta local. La importancia que adquirió esta producción dentro del conjunto del consumo nacional puede verse no sólo a través del aumento del producto industrial sino también a partir del espacio creciente que las importaciones dejaban de abastecer; mientras éstas no llegaban a sextuplicarse entre 1881 y 1916, el producto —tomado como medida de la demanda interna— se multiplicó por nueve (véase Cuadro nº 2). Salvo que consideremos que la población había entrado en una fase

Directora de tomo. Mirta Zaida Lobato

de ahorro desmesurado (hipótesis que el resto del relato mostrará como improbable), resulta sensato pensar que la diferencia observada fue provista por la producción local.

Parte de este mercado interno estaba en la zona rural, donde el crecimiento de la agricultura, más que el de la ganadería, proveyó los grandes números de la demanda; la producción agrícola, en efecto, requería una cantidad mayor de mano de obra integrada por trabajadores que eran, a la vez, consumidores. En este mercado rural sobresalían los colonos de la provincia de Santa Fe, que comenzaron a ser objeto de la seducción por parte de las fábricas de Buenos Aires; más aún que los arrendatarios y aparceros del corazón de la zona pampeana, cuya capacidad de ahorro parecía ser (por lo menos si atendemos al fenómeno del consumo) menor. Siendo alta en las zonas agrícolas, la demanda se hacía más visible y dinámica en las ciudades.

La urbanización fue un fenómeno paralelo al del crecimiento exportador. Las ciudades que crecían como hongos demandaban cada vez más bienes y servicios. La actividad de la construcción se desarrolló a ese mismo ritmo y llegó, a principios del siglo XX, a ocupar un lugar significativo dentro del producto total (véase Cuadro nº 4). Esta actividad movilizaba capital y mano de obra a través de sus herrerías, yeserías, marmolerías, zinguerías, aserraderos, carpinterías y de las empresas (llamadas "de construcción") dedicadas a varias de estas actividades al mismo tiempo. Desde los pequeños pueblos hasta la homérica Buenos Aires, el esfuerzo por crear el entramado urbano tuvo efectos tanto transformadores cuanto multiplicadores. Viejas casas chatas eran demolidas para dar paso a edificios más altos, ornamentados y sofisticados, mientras las ciudades extendían sus brazos con una rapidez que sorprendía a quienes visitaban estos lugares de manera espasmódica. El clima de pujanza que imprimía ver edificios en construcción en cada cuadra era, sin duda, uno de los elementos que más llamaron la atención de aquellos visitantes extranjeros que no dudaron en considerar a la Argentina como una naciente potencia económica (y que no diferían mucho de los elementos privilegiados que influían el ánimo de los observadores que predecían el futuro económico de los nuevos tigres del sudeste asiático antes de la crisis de 1997). La demanda para la construcción (desde los clavos hasta los tirantes) se convirtió en uno de los mercados más atractivos para la naciente industria. Las fábricas se concentraban en la ciudad de Buenos Aires, donde llegaron a emplear (en conjunto con los pequeños talleres) un tercio de su población económicamente activa. Esta localización no les impedía tener como uno de sus objetivos la conquista de un mercado que fuera más allá de los límites de la capital y coincidiera con las fronteras del país. Al lograrlo, crearon un mercado nacional de productos que se desarrollaba junto con la formación de una nación argentina, concebida como una comunidad de vivencias.

La formación de un mercado nacional fue una trabajosa construcción tanto para el Estado cuanto para el sector privado. Sobre el primero, sin embargo, recaía la tarea de proveer el contexto legal necesario para que el segundo pudiera desplegar sus estrategias. La Constitución argentina había prohibido de manera expresa la existencia de aduanas internas. A pesar de ello, las obstrucciones provinciales al comercio continuaron existiendo, de manera más o menos velada, y se convirtieron en uno de los temas que más sensibilizaba a los comerciantes de Buenos Aires. Después de aprobada la Constitución Nacional, sin embargo, varias provincias continuaron con sus viejas tarifas al comercio interior o implantaron otras nuevas, a veces con el objetivo expreso de afectar la entrada de bienes de otra provincia y otras para generar ingresos adicionales en sus modestas finanzas. La Suprema Corte de la Nación intervino en la cuestión e interpretó la existencia de tales

Directora de tomo. Mirta Zaida Lobato

trabas como anticonstitucionales, obligando a dar marcha atrás a las provincias que habían hecho uso de esta medida. No obstante, siempre existía algún instrumento para perturbar al comercio. Uno de ellos fue la instalación de “oficinas químicas”, que tenían el control sobre las sustancias alimenticias que entraban a una provincia y que funcionaban, todavía en la década de 1910 y según la voz de los comerciantes, como verdaderas “aduanas secas”.

Si se hubieran sostenido en el tiempo, las tarifas provinciales podrían haber impedido que llegara la marea de productos salidos de las recientes industrias de la capital del país y que terminaron por reemplazar (salvo contados casos) las manufacturas provinciales que habían logrado competir con las importaciones. La entrada de productos importados a partir del libre comercio había significado un primer golpe para estas industrias locales, mientras la construcción de una red ferroviaria profundizó el peligro al reducir los costos de transporte de las importaciones. Las fábricas porteñas también lograron, con la llegada de los trenes, mejores posibilidades para vender en el interior. A esta posibilidad, le adicionaron las ventajas que les ofrecían sus economías de escala para salir al mercado con productos más baratos. Una de las víctimas de la industria porteña fueron las curtiembres de Salta, que terminaron por sucumbir cuando —en la década de 1880— las de Buenos Aires enfrentaron el mercado con inversiones de capital, producción en escala y reducción de costos. La manufactura salteña, entonces, quedó reducida y limitada al pequeño segmento de la producción artesanal (como la de botas y monturas) que las industrias de la capital no podían reproducir.

El toque de muerte para una gran parte de la rudimentaria manufactura del interior llegó de la mano de las estrategias específicas que las fábricas de Buenos Aires realizaron para conquistar el mercado nacional. Esto no era una tarea sencilla, pues a principios del siglo XX muchos productos todavía enfrentaban mercados regionalmente segmentados. Una de las razones de la segmentación era que ciertas áreas del interior tenían pautas de comercialización y de consumo diferentes de las de la región pampeana. Mientras en Buenos Aires o en Rosario se vendían —aun al consumidor final— productos en cantidades relativamente grandes, en el interior las compras se hacían en números más modestos. Este problema podía ser enfrentado por las industrias porteñas a través de una estrategia comercial de empaquetamiento diferenciado que no implicara costos adicionales desmesurados. Más difícil fue vencer las barreras de las calidades; el interior consumía (en términos generales) productos más baratos y de tipo inferior a aquellos que demandaba la región pampeana. Entrar al mercado del interior implicaba, entonces, una estrategia más compleja, que requería de una línea de producción especial. Finalmente, la industria de Buenos Aires terminó por conquistarlo, creando productos de calidades más bajas (que, a veces, hasta tenían una marca diferente) y comprando fábricas más pequeñas en el interior para convertirlas en sucursales o para que salieran del mercado.

El dominio industrial de Buenos Aires encontraba un muro de resistencia en las producciones regionales que el Estado protegía abiertamente, como el azúcar y el vino. La idea de producir azúcar de remolacha en la capital argentina a partir de cultivos que se realizarían en la región pampeana quedó como una iniciativa frustrada ante la presión del Noroeste. A partir de la integración de Cuyo al mercado nacional, por otro lado, la producción de vinos artificiales — hechos a base de pasas de uva mezcladas con alcohol y que salían de unas cuantas fábricas porteñas— fue prohibida por un gobierno preocupado por considerarlos peligrosos para la salud así

como por la presión constante de los legisladores cuyanos. De una manera u otra, hacia la década de 1910, la mayor parte del país terminó por formar parte de un mercado unificado de productos. Sólo quedaron fuera de tal mercado algunas áreas por entonces marginales (como ocurría con ciertos espacios de la Patagonia) que terminarían integrándose en las décadas siguientes. Mientras se formaba como nacional, el mercado interno experimentó cambios paralelos relacionados con la propia esfera del consumo.

La Revolución En El Consumo

El crecimiento del mercado interno fue tan meteórico como el de las exportaciones. Considerado como producto total, en 1916 era (como dijimos) nueve veces mayor que el de 1881, un crecimiento excepcional para la época; en el mismo lapso, mercados emergentes como el de México y otros de crecimiento mas antiguo como el de Gran Bretaña “sólo” se habían triplicado. El aumento producido en la Argentina incluso sobresalía frente a los países de mayor dinamismo económico del período, como los Estados Unidos, donde el mercado se había multiplicado, por entonces, menos de cinco veces. Las cifras del aumento tenían que ver, en parte, con la pequeñez de la economía argentina en 1880; si su tamaño en este año no llegaba a la mitad de la brasileña, en 1916 la duplicaba. El crecimiento del producto total, sin embargo, era el resultado de la confluencia, en proporciones similares, de dos fenómenos que se potenciaron para aumentar la demanda: el crecimiento poblacional y del ingreso per cápita (el primero explicaba un 55% y el segundo un 45% de la ampliación del mercado). En números gruesos, en ese período de algo más de treinta años, los habitantes de la Argentina se habían triplicado mientras que —en promedio— eran tres veces más ricos.

Aparte de su incremento en cuanto a niveles absolutos del producto, la Argentina ofrecía una característica adicional en su demanda: su alto ingreso per cápita, que la distanciaba del resto de América Latina. Estas cifras, de todas maneras, encubren realidades muy diferentes. La distribución del ingreso, tanto al nivel regional como social, nos es desconocida, aunque hay ciertas tendencias que indican el rumbo que iba tomando. El grueso del producto se concentraba en la región pampeana, cuyas ciudades contaban con una demanda potencial significativa, tanto que, cuando la gran tienda inglesa Harrod's tuvo la idea de abrir su primera sucursal en otro lugar del mundo, meditó sobre la decisión, realizó estudios sobre la factibilidad de hacerlo en varias urbes del mundo y, finalmente, en 1913, lo hizo en la capital argentina.

La alta movilidad social de la Argentina, así como los continuos movimientos físicos de la población, vuelve complicada la definición de grupos sociales, si el objetivo es mostrarlos como estáticos y permanentes. Si la idea es describirlos como grupos transitorios, heterogéneos y con límites difusos, en cambio, es posible y útil definirlos y analizar sus comportamientos. Las clases altas desplegaban un consumo conspicuo que incluía mayormente artículos importados; pero su número y su incidencia en el mercado eran pequeños por lo que las clases medias y bajas conformaron el grueso de la demanda nacional. Si bien consumían bienes importados, también demandaban muchos de origen local, por lo que se convirtieron en la base sobre la que se sustentaba la producción industrial argentina.

Directora de tomo. Mirta Zaida Lobato

La clase media aumentó en número y en presencia a medida que crecían una economía con efectos multiplicadores sobre las actividades secundarias y terciarias y un Estado cada vez más dispendioso en sus gastos y sus capacidades de empleo. Parte por emulación, parte por creación de valores propios, fue creando un espacio de consumo donde lo masivo —como copia más que como antinomia de lo exquisito— se tornó no sólo viable sino aceptable. La clase baja entró de manera similar en la esfera del consumo; sus recursos más modestos, sin embargo, la llevaban a desenvolverse en ella más con la actitud que con los números de los sectores medios. Las discusiones sobre el nivel de vida de los sectores populares, cuyo tamaño también nos es desconocido, señalan (según sea la perspectiva) tanto un descenso como un aumento en los salarios reales. Sea cual fuere la evolución salarial, la participación en el consumo de vastos sectores de la población, con la jerarquización de una determinada distribución del ingreso, fue también una característica de esta etapa.

A la vuelta del siglo pasado, el mercado experimentó cambios cuantitativos y cualitativos que llevaron a la formación de una sociedad de consumo masivo que terminó por plasmarse con mayor definición en los primeros años del siglo XX. Los primeros atisbos de este nuevo escenario comenzaron a darse a fines de la década de 1880, cuando el país llegó a contar con una masa de población significativa (que superaba los tres millones de personas) y el crecimiento económico argentino parecía no alcanzar límites, expectativa que la crisis de 1890 mostró como demasiado optimista. El renovado crecimiento económico de la primera década del nuevo siglo permitió que los cambios que antecedieron a la crisis se desplegaran con mayor solidez. La llegada de inmigrantes trajo el número de gente necesario para que el fenómeno se concretara en un país que alcanzaba, a principios de la década de 1910, los seis millones de habitantes. Las transformaciones cualitativas, que respondían a un complejo entramado de renovadas ideas y costumbres, no fueron menores. El concepto de tradición, entendido como una relación determinada con el espacio y el tiempo, tomó un significado diferente, que fue de la mano de la victoria de la masificación y la secularización que los nuevos tiempos imponían.

La masificación del espacio encontró su mejor ejemplo en el papel cada vez más importante que los lugares públicos ofrecían como sitios de convivencia simétrica, donde asistían no sólo individuos de distintas clases (algo que siempre había sucedido) sino que lo hacían de manera indiferenciada. Si el paseo por los parques de Palermo había sido un lugar de encuentro elegante del pasado, con familias ricas paseando en sus carruajes, a la vuelta del siglo pasado esos sitios eran invadidos por gentes de las clases medias y bajas que alquilaban uno de esos vehículos por unas horas. La masificación del tiempo, por su parte, se desplegó en la concesión de créditos por las empresas comerciales, desde las grandes tiendas (que abrieron carteras especiales a sus clientes) hasta los pequeños negocios que vendieron sus mercancías en cuotas. A través del crédito, el acceso a los productos se volvió más flexible e incluso logró que ciertos bienes antes inalcanzables para la mayoría dejaran de serlo. La secularización del espacio se tradujo en el surgimiento de lugares comerciales como suerte de versiones del cielo en la tierra, una ilusión que había sido en los viejos tiempos uno de los mayores encantos (y a la vez monopolio) de las iglesias. Las grandes tiendas se volvieron el mejor ejemplo de la nueva tendencia, con sus orquestas, servicios de te y fuentes que las convertían en imágenes terrenales del paraíso para quien entraba desde el conflictivo mundo de la calle. La secularización del tiempo, finalmente, se mostró en la atención creciente que los grandes acontecimientos comerciales —como las

liquidaciones— comenzaron a tener por sobre las celebraciones religiosas que antes concentraban la mayor atención.

Con la llegada de la sociedad de consumo masiva, todo terminó siendo un engranaje del mercado. Quizás una de las mejores medidas para observar la profundidad de este fenómeno sea el hecho de que las ceremonias más íntimas y privadas de la vida, como los casamientos y los entierros, pasaron a ser realizadas por empresas comerciales. El surgimiento de compañías que arreglaban todos los detalles del casamiento, así como de otras que se dedicaban al negocio de la muerte, resultó tan novedosa como demostrativa de unos tiempos que cambiaban. Junto con ellas surgieron unas empresas que ofrecían sus conocimientos especializados ante quienes debían vender en un mercado cada vez más complejo: las agencias de publicidad.

Las vidrieras de Buenos Aires

Los negocios de Londres y París no tienen nada que enseñarle a los vidrieristas de la capital argentina (...) En efecto, el despliegue de luces eléctricas, cubriendo con multitud de lámparas toda la serie de edificios de estos grandes negocios que venden ropa, es probablemente único en el mundo de la decoración de negocios.

Reginald Lloyd, *Argentina in the Twentieth Century*, Londres, 1911, p. 426.

La masificación del mercado iba acompañada de cambios en la esfera de la comercialización que exigían conocimientos expertos y especializados. La vieja concepción de una tienda a la que sus clientes recurrían con la idea preconcebida de lo que querían comprar dejó lugar a la vidriera, un instrumento por el cual el vendedor tentaba al potencial comprador con artículos que no necesariamente tenía en mente adquirir. Los productos se acercaban, de esta manera, hasta el consumidor de una manera que transformaba la mediación ejercida por el comercio y potenciaba la relación entre productores y consumidores, que cobró un nuevo cariz con el uso intensivo de la publicidad a principios del siglo XX. Los aburridos avisos clasificados de los años anteriores, que sólo eran leídos por quienes intentaban buscar algo en especial, fueron reemplazados por atractivas propagandas que tenían la finalidad de captar la atención del lector general. Algunas de estas propagandas comenzaron a ser el resultado de verdaderas campañas publicitarias que resultaban de una planificación y estrategia de ventas en donde las agencias ejercieron una acción mediadora.

El mercado, por otro lado, les dio una nueva significación a ciertos fenómenos ya existentes. De esta manera, la moda se transformó de una expresión de la elite a una de masas. La vestimenta había sido durante la época colonial un elemento de distinción social (el viajero Concolorcorvo recordaba, en 1778, los latigazos recibidos por una mulata en Córdoba por usar un vestido similar al de las mujeres blancas de los grupos acomodados). A medida que fue avanzando el siglo XIX, la indumentaria perdió sólo lentamente su dramatismo como instrumento de diferenciación; eran los grupos de clase alta quienes adoptaban las modas (como ocurría con los famosos peinetones de la época federal), mientras los sectores más pobres se vestían de una manera diferente que los hacía fácilmente identificables. En la mitad del siglo, sin embargo, Buenos Aires mostraba algunos rasgos que presagiaban cambios de largo alcance; un Domingo Faustino Sarmiento recién llegado

de Chile notaba que los habitantes de la ciudad donde hacía poco había gobernado Juan Manuel de Rosas mostraban un efecto igualitario en la vestimenta que contrastaba con la jerarquización indumentaria de Santiago. La irrupción de lo masivo hizo que, a la vuelta del siglo, el fenómeno alcanzara otras proporciones cuando el grueso de la población empezara a vestirse de manera similar, más allá de su posición social, con lo que la diferenciación a partir de la ropa quedó cada vez más asociada con la marginalidad. Aun los sectores populares se compraban su traje y su vestido en las pilas de las grandes tiendas, que ofrecían artículos similares a aquellos usados por los grupos de mayores ingresos. Este fenómeno se hizo especialmente visible en las grandes ciudades pampeanas, aunque resultó mucho más tenue (o casi inexistente) en las áreas con economías menos dinámicas. El visitante español Federico Rahola anotaba, en 1905, en la Sangre Nueva que “es por demás curioso uno de los rasgos fisonómicos de Buenos Aires; no se advierte gente mal trajeada en sus calles. Los obreros, con ser muchos, no usan la indumentaria especial que los hace resaltar en las vías de nuestras ciudades. La población ofrece tipo marcadamente burgués; no se notan las blusas ni las gorras que en París y en Barcelona dan un color de mezcla a las muchedumbres que circulan por las grandes avenidas”. Esta similitud visual no implicaba la igualación social ni económica, pero sí mostraba que la participación en el mercado había alcanzado a casi todos.

La difusión de la moda

En septiembre de este año, en la exposición anual de ganadería de Palermo, varias mujeres de familia prominente de la Capital, que vestían de luto, aparecieron en las gradas con zapatos de cuero de color gris perla. Inmediatamente, hubo una demanda por gris perla en las zapaterías y este color, que había tenido muy escasa demanda en el mercado en los últimos años, de pronto se volvió uno de los más populares.

Herman Brock, Boots and Shoes, Leather, and Supplies in Argentina, Uruguay, and Paraguay, Special Agents Series, United States Department of Commerce, Serie Nº 177, Washington, 1919, pp. 60-61.

Los Vaivenes De La Economía

La incorporación de la Argentina al capitalismo mundial, que permitió un acelerado crecimiento, también le dio a su economía la vulnerabilidad de ese universo integrado. El capitalismo de entonces se caracterizaba (como el actual) por ciclos de auge y depresión que se propagaban en espacios cada vez más amplios en la medida en que se iban integrando nuevos países y regiones al sistema económico mundial. La primera crisis internacional sufrida por la economía argentina ocurrió en 1866 y afectó a las exportaciones de lana. En 1873, el país se vio nuevamente envuelto en una crisis mundial que inició una etapa depresiva e impactó sobre toda la economía; la forma que tomó la llevó a convertirse en un modelo tan novedoso como casi permanente de “crisis de balanza de pagos”, que caracterizaría la economía nacional por el resto de su existencia. En los años previos, la Argentina había recibido una cantidad de capitales en forma de préstamos al gobierno que, sumada a las divisas ingresadas por la creciente exportación de lanas, llevaron a un

aumento del consumo interno y de las importaciones que entonces lo proveían. En esos años, las importaciones superaron largamente a las exportaciones, con lo que se produjo un déficit en el balance comercial; pero esto no implicaba un problema a corto plazo, porque había un superávit en la cuenta capital del balance de pagos (los capitales que entraban, en efecto, eran mayores que los que salían). Ante los primeros síntomas de desorden económico, las inversiones se retrotrajeron, volvieron a sus lugares de origen (como sucede en todas las crisis) y cambiaron el signo positivo de la cuenta capital. El problema, entonces, se tornó insostenible porque ambas cuentas del balance de pagos se volvieron negativas. El gobierno de Nicolás Avellaneda decidió enfrentar la crisis sin dejar de pagar la deuda externa, pues el objetivo era mantener el buen nombre del país en el mercado financiero internacional; allí fue cuando lanzó su famosa frase, asegurando que se iban a respetar los compromisos internacionales “sobre el hambre y la sed de los argentinos”. Éste no era un objetivo menor; la idea era borrar de la mente de los inversores la imagen de una Argentina que no pagaba sus deudas, para así lograr que el capital extranjero volviera (y se incrementara) cuando la situación retornara a la normalidad. Avellaneda impuso un plan que incluía el aumento de los impuestos a las importaciones y un ajuste en los gastos del gobierno. La caída en el consumo —por la interrupción en la llegada de capitales— se unió a las tarifas más altas y al menor gasto público para producir un abrupto descenso en las importaciones (que generó un superávit en el balance comercial) y un aumento en la posibilidad del Estado (que recaudaba más y gastaba menos) para pagar la deuda.

A fines de la década de 1870, la crisis había pasado a ser un recuerdo, mientras el crecimiento económico de los ochenta llevó a la repetición (en escala aumentada) de algunos elementos que la habían precedido. Una nueva crisis llevó a interrumpir el optimismo en 1884; si bien su alcance fue mucho menor que la de 1873, fue lo suficientemente grave como para hacer que se abandonara, como ya dijimos, el recientemente aprobado plan de patrón monetario bimetálico. Pero el país salió de ella sin esfuerzos profundos, y en la segunda mitad de la década volvió el crecimiento económico. De nuevo se incrementaron el consumo y las importaciones, lo cual llevó a un balance comercial desfavorable que se compensaba con una cuenta capital de nuevo positiva por la llegada de préstamos extranjeros (véase Cuadro nº 5). Este esquema parecía funcionar de manera aceptada y la Argentina se convirtió, entonces, en el principal receptor de las inversiones de Gran Bretaña, que era a su vez el mayor exportador mundial de capitales. En medio de la política monetaria expansiva emprendida por Juárez Celman, a fines de la década surgieron bancos sin respaldo a partir de la mencionada ley de bancos garantidos, así como sociedades anónimas cuya naturaleza resultaba sospechosa. El veloz crecimiento económico pronto se conjugó con una especulación que hacía que se realizaran las transacciones más increíbles en la Bolsa de Buenos Aires. El espíritu especulativo de la época llevó a fuertes condenas de parte de algunos grupos que consideraban que la superficialidad y la locura se habían hecho carne tanto del gobierno como de muchos de sus conciudadanos. De pronto, todo se derrumbó. Las inversiones especulativas pasaron a ser el blanco de la desconfianza y el público encontró en el oro la única inversión segura. Como resultado, el peso moneda nacional cayó de manera estrepitosa y las subidas en el precio del oro se transformaron en el tema preferencial de la discusión y la preocupación cotidianas. Este malestar económico, iniciado en 1889, se acentuó al año siguiente, cuando se desencadenó la crisis.

Cuadro nº 5: Cuentas del sector externo argentino 1881-1891 (en miles de pesos oro)

Año	Export.	Import.	Balance comercial	Nuevos préstamos	Servicios (intereses +amort.)	Saldo de la cuenta capital	Balance de pago
1881	57.938	55.706	2.232	14.075	11.967	2.108	4.340
1882	60.389	61.246	-857	25.293	15.724	9.568	8.712
1883	60.208	80.436	-20.228	47.399	14.496	27.903	7.830
1884	68.030	94.056	-26.026	39.732	27.574	12.158	-13.868
1885	83.879	92.822	-8.493	38.732	22.637	15.522	7.752
1886	69.835	95.822	-25.574	67.580	26.764	40.186	15.242
1887	84.422	117.352	-32.930	153.498	37.305	190.083	83.263
1888	100.112	128.412	-28.300	247.769	49.503	198.293	169.973
1889	90.145	164.570	-74.425	153.612	59.602	94.010	19.385
1990	100.819	142.241	-41.422	43.395	60.241	-14.846	-56.268
1991	103.219	67.208	36.011	8.242	31.575	-23.333	12.678

Fuente: elaboración propia a partir de Jonh H. Williams, El comercio internacional argentino en un régimen de papel moneda inconvertible 1880-1900, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, 1922.

Los orígenes de la crisis de 1890 son objeto de discusión. Algunos historiadores ponen el acento en el marco internacional y en la forma en que la Argentina se relacionaba con él. De acuerdo con esta perspectiva, la fragilidad del sector externo tenía su talón de Aquiles en la entrada de capitales. Cuando los inversores extranjeros se dieron cuenta de que las expectativas sobre el crecimiento argentino superaban la realidad, decidieron retirar su dinero y generaron una aguda crisis en el balance de pagos (así como dejaron a la prestigiosa Casa Baring —la principal encargada de canalizar los movimientos de capital en el mercado londinense— al borde de la quiebra). Otros historiadores, por el contrario, han señalado la importancia de los factores internos. El origen de la crisis, según ellos, estaría en la irresponsable política monetaria expansiva, que generó una fuerte inflación y un caos irresponsable en la concesión de créditos.

La salida de la crisis fue capitaneada por el presidente Carlos Pellegrini a partir de un plan que era una versión más profunda y extendida del implementado por Avellaneda casi veinte años atrás. Las tarifas a la importación se elevaron, mientras se renegoció el pago de la deuda externa (que era imposible de cumplir), acordando posponerlo hasta fines de la década. Las importaciones se desplomaron ante las altas tarifas, la desvalorización del peso y la caída del consumo, con lo que se logró un balance comercial favorable. Por otro lado, el sistema bancario se reorganizó de cuajo, como se ha explicado anteriormente.

La maduración de las inversiones en ferrocarriles realizadas antes de la crisis, más las que se seguían haciendo en este rubro que (a diferencia de otros) continuaba recibiendo capital, originaron un incremento en las exportaciones. Fue gracias al ferrocarril que, en esos años, los cereales pudieron convertirse en un producto de exportación masiva. A mediados de la década de

1890 se comenzaron a ver los síntomas de la recuperación. Una nueva crisis, sin embargo, volvió a azotar a la economía argentina antes que el siglo terminara. En 1897, varios factores (que esta vez poco tuvieron que ver con el balance de pagos) se unieron para desencadenarla. Por un lado, las altas tarifas habían llevado a la apertura de una cantidad de fabricas que la demanda argentina no podía sostener, llevando a una sobreproducción industrial que se traducía en una competencia salvaje y una reducción de precios (y beneficios) que ponían a varias empresas el borde de la quiebra. A esto se unió el agravamiento del conflicto fronterizo con Chile, que por momentos pareció que iba a desembocar en una guerra. El temor a este desenlace llevó a una desaceleración en la concesión de créditos, un fenómeno que afectó tanto las actividades industriales cuanto el comercio. El sector externo, mientras tanto, se mantuvo saludable, permitiendo que el país comenzara el pago de su antigua deuda renegociada. La economía interna, en cambio, sólo mostró un crecimiento similar al anterior a la crisis después de un nuevo sacudón financiero internacional ocurrido en 1901 y de firmarse los Tratados de Mayo (que pusieron fin al conflicto existente con Chile) en 1902.

La crisis de fin del siglo XIX

Por el presente se calculó el porvenir y de ahí que, en vez de impulsarlas con cautelosa prudencia, se les diera en muchos casos una amplitud y un vuelo exagerado y violento. Se levantaron establecimientos industriales de tanto poder y de tanto costo como los más importantes de Europa, pues se creía contar con consumos suficientes para darles vida próspera y activa.

Los resultados, empero, ocasionaron algunas desilusiones. Y la razón es clara; hoy por hoy, algunas industrias carecen de consumos suficientes. Establecida una fábrica para producir 50, si sólo tiene un consumo de 20 o 30, claro está que su marcha será difícil, si el industrial, como experto piloto, no busca horizontes en nuevos mercados donde competir ventajosamente con los artículos europeos. La producción está limitada por el consumo; nadie escala las consecuencias de esta ley económica.

Opinión de un hombre de negocios chileno durante su visita a Buenos Aires, Boletín de la Unión Industrial Argentina, 2 de octubre de 1897, N° 339, p. 25.

A partir de entonces, la economía en su conjunto desplegó sus energías de una manera que se asimilaba a la década del ochenta, pero sobre bases más firmes. Debido a la fortaleza de las exportaciones, el balance comercial se mantuvo favorable, a pesar del aumento de las importaciones que traía el crecimiento del consumo. Ya para entonces, una parte de éste se abastecía de industrias asentadas en el país, lo cual generaba el consecuente ahorro de divisas externas. Las inversiones extranjeras, por otro lado, se renovaron, con lo que la cuenta capital también se mostró en superávit. El país, por entonces, parecía haber encontrado la fórmula mágica para el crecimiento perpetuo: la coexistencia de saldos externos favorables en el balance comercial y la cuenta capital. Una crisis internacional ocurrida en 1907 afectó poco a esta eco-

nomía pujante (aunque la causa de tan poca incidencia puede relacionarse con que el principal país afectado fueron los Estados Unidos, con quienes las relaciones económicas eran mucho más débiles que con Gran Bretaña). Parte del crecimiento económico de la primera década del siglo XX se debió al optimismo que la Argentina generaba en el largo plazo, más allá de la situación coyuntural que vivían las exportaciones. Cuando ocurría una sequía, una invasión de langostas o una inundación que hacían caer las ventas al exterior, el conjunto de la economía continuaba creciendo porque los capitales, confiando en que éste era un fenómeno pasajero, seguían llegando. Este optimismo brindó el marco para el desarrollo de las fiestas del Centenario de la Revolución de Mayo, en que no se ahorró energía para mostrar que el país se había convertido en una de las naciones más pujantes de la Tierra.

El ciclo dorado se vio interrumpido en 1913. Una crisis internacional, ocurrida a raíz de la inseguridad que la guerra de los Balcanes despertaba entre los inversores, llevó nuevamente a la Argentina a vivir los problemas del ciclo capitalista mundial. La caída en las inversiones condujo a un efecto de rebote en la economía interna que afectó con especial dureza a la construcción, uno de los sectores que por entonces se mostraba como más dinámico, así como al naturalmente sensible sector financiero. La estructura que el sector externo había adquirido desde principios de siglo, sin embargo, llevó a que las soluciones encontradas fueran distintas de las que habían tenido lugar para hacer frente a las tempestades de 1873 y 1890. Como el balance comercial ya era favorable antes de la crisis, no fue necesario aplicar tarifas para disminuir las importaciones más allá del descenso que la caída del consumo conllevaba. No faltaron quienes aconsejaron que tales medidas fueran implementadas, pero dos factores se unieron para que ello no ocurriera. Uno fue el contexto mundial, con una guerra que hacía que las importaciones mermaran por el cierre de los mercados europeos sobre sí mismos. El otro fue la ortodoxia económica del presidente Victorino de la Plaza, que se resistió a tomar ese camino. Igualmente, De la Plaza se vio obligado a declarar la inconvertibilidad de la moneda, ante el malestar mostrado en el afectado sector financiero. La crisis puso a la banca privada en serios problemas, que se agravaban porque los depositantes tendían a sacar sus ahorros y a dejarlos en algún banco oficial. Que fuera el Estado quien inspirara esa seguridad en 1913 (aun antes de comenzada la guerra mundial) era un dato que mostraba el éxito alcanzado en sus esfuerzos por consolidarse.

El Estado Frente A La Economía

Hay una creencia generalizada que considera que el papel del Estado en la economía durante el período de auge exportador fue casi inexistente. De acuerdo con esta visión, la ideología supuestamente dominante del *laissez-faire* habría mantenido al gobierno exclusivamente como gendarme y garante del marco político-jurídico en el que se desarrollaban los negocios, pero ajeno a los dictados del mercado. Esta creencia, sin embargo, está lejos de la realidad; si bien no existió un Estado intervencionista a la manera en que la Argentina lo conoció más avanzado el siglo XX, la presencia estatal en la economía fue tan significativa cuanto compleja.

El Estado promovió las primeras inversiones garantizando sus bonos y las ganancias de las empresas ferroviarias privadas. Incluso se involucró directamente a partir de la construcción de la primera red de trenes, así como se aventuró con sus ferrocarriles de fomento donde el capital

Directora de tomo. Mirta Zaida Lobato

privado no lo hacía. La intervención estatal se continuaba en el mercado bancario. El papel clave que tuvo el Banco de la Provincia de Buenos Aires en los orígenes del sistema continuó con el funcionamiento del Banco de la Nación Argentina en la década del noventa. A principios del siglo XX, una renovada y pujante banca privada convivió con una fuerte influencia de esta institución estatal. El Nación, en efecto, era mucho más que el mayor banco del país (lo que ya le otorgaba su propia capacidad para influenciar sobre el sistema). Sin ser nada parecido a un Banco Central, tenía una función indicativa que resultaba ineludible para el resto de las instituciones. Su tasa de redescuento, el interés cobrado en sus préstamos y el porcentaje de sus reservas destinado al encaje eran un indicador para las demás entidades, que solían seguir sus lineamientos. Por otro lado, sus operaciones en el mercado de bonos y en el de compra de divisas limaban los desequilibrios coyunturales.

La complejidad de la relación entre Estado y economía también se desplegaba en la política fiscal. El grueso de los ingresos estatales estuvo compuesto, durante este período, por impuestos a las importaciones. Los gravámenes a las exportaciones (que no eran muchos) terminaron desapareciendo en la década de 1880 (para reaparecer tímidamente y por corto tiempo después de la crisis del noventa), pues se consideraba que obstruían las ventas al exterior, que eran el motor del crecimiento. Los impuestos directos, por otro lado, quedaban dentro de la jurisdicción provincial. Una fuente de ingreso adicional fue la aplicación de impuestos internos a artículos, como las bebidas alcohólicas y el tabaco, a los que se consideraba legítimo gravar por el efecto perjudicial sobre la salud de la población. Estos impuestos, implementados en la década de 1890, terminaron convirtiéndose en un 10% de los ingresos a las arcas fiscales, una cifra nada desdeñable aunque sólo complementaria de otras fuentes.

La política fiscal elegida, que gravaba al consumo, fue criticada como inequitativa por algunos de los contemporáneos. Los proyectos alternativos para imponer tributos a la riqueza, sin embargo, nunca fueron seriamente considerados por el Estado. Detrás de esta elección puede verse (siguiendo una conducta que atraviesa la historia universal) la presión de los más ricos. No obstante, la dificultad que otros países tuvieron en aplicar impuestos directos al ingreso y a la propiedad nos hace interrogar sobre la capacidad que hubiera tenido el naciente Estado argentino para hacerlo. Una política tal exige un gran esfuerzo de información catastral y censal para identificar a quién se le va a cobrar, tarea que los países nuevos (sin las experiencias que en Europa se habían dado desde la Edad Media) encontraban como hercúlea. Con toda su pujanza, los mismos Estados Unidos sólo pudieron cambiar su política impositiva después de generaciones de esfuerzos recabando información. Por otro lado, que uno de los pocos proyectos para gravar la renta haya sido presentado por el diputado Emilio Berduc, un miembro del directorio de varias empresas del poderoso grupo Tornquist, somete cualquier conclusión a un análisis más matizado que el que se ha hecho tradicionalmente sobre la cuestión.

Uno de los resultados de la política fiscal argentina fue una inevitable protección a la industria local. Esta protección, sin embargo, era selectiva y compleja. El porqué de que ciertas industrias se protegían y otras no se debía a razones económicas, políticas, ideológicas y hasta fortuitas. Pero lo cierto es que una serie de bienes de consumo resultó protegido por tarifas que solían surgir o profundizarse como consecuencia de una crisis. La complicada política tarifaria se explica tanto por las complejidades del Estado cuanto de los mismos empresarios industriales. En

realidad, la mayoría de éstos también eran importadores de bienes finales manufacturados, pero con alguna calidad o especificación diferente de la que producían. Así, los industriales reunían en una empresa dos actividades, como la fabricación y la importación, que aparecían antagonizando en el marco macroeconómico, pero que para ellos eran parte de un mismo negocio. Por lo tanto, estos industriales no iban a presionar por una política librecambista general (porque afectaba lo que producían), pero tampoco por una completamente proteccionista (que dañaba lo que importaban). En cambio, prefirieron influir sobre tarifas específicas dentro de los más de seis mil ítem en que se dividía el código de identificación de importaciones argentino, a partir de un lobby que encontraba su espacio de mayor eco en el Congreso; allí presionaban para lograr protección sobre un tipo de producto y la libre entrada de otro.

Más allá de la presión empresarial, la política industrial de protección selectiva fue redondeada por el mismo Estado a través de quien fue uno de sus constructores, Julio A. Roca. En 1899, el entonces presidente definió (en un discurso público) a la Argentina como un país que no tenía una evolución económica exitosa lo suficientemente vieja —como Gran Bretaña— para lanzarse al librecambismo, pero tampoco había alcanzado aún la potencialidad de los Estados Unidos, con lo que el proteccionismo resultaba igualmente desventajoso. La elección, entonces, recayó en un pragmatismo que significaba tomar caso por caso y decidir en consecuencia. Este pragmatismo resultaba parte del discurso que influía otras esferas de la política económica. En el momento de discutir la ley de convertibilidad monetaria, existían dos posturas seriamente enfrentadas: la de los “papelistas”, que deseaban una conversión del oro al peso a niveles que implicaban una fuerte devaluación (como la de establecer la paridad de un peso oro por cuatro moneda nacional), y los “oristas”, que querían que el mercado siguiera funcionando libremente en la fijación del tipo de cambio. Roca tomó una posición intermedia, optando por la intervención estatal, pero a un nivel menor del sugerido por los “papelistas”, el de un peso oro por cada 2,27 papel.

Los ingresos del Estado nunca llegaban a cubrir sus gastos, por lo que el déficit fiscal era moneda corriente (véase Cuadro nº 6). El agujero fiscal se cubría a partir de la emisión de deuda pública (parte vendida localmente, parte a inversores externos). Si bien esta deuda aumentaba sin solución de continuidad, llegó a tener una incidencia cada vez menor en el presupuesto a medida que avanzaba el nuevo siglo, en lo que fue un síntoma de un Estado que se consolidaba en sus finanzas. La emisión de deuda pública para solventar el creciente gasto público llevaba con aumento en la tasa de interés del sistema y a una eventual caída en la tasa de inversión del sector privado, generando el efecto de crowding-out (o expulsión). Este efecto se volvía más acentuado en los momentos difíciles, cuando los inversores preferían la seguridad de los títulos del Estado antes que una atractiva —pero incierta— rentabilidad en la esfera privada.

Aunque podía generar un efecto negativo sobre la inversión privada, un Estado cada vez más gastador implicaba un aumento en la demanda agregada. A partir de su formación, el Estado fue adquiriendo una serie de capacidades administrativas, que implicaban gastos en materiales y en salarios. La “empleomanía” —como se llamaba al deseo por ocupar uno de los cada vez más numerosos puestos de la administración— fue uno de los temas preferidos de la literatura, que veía en ella un signo de estancamiento (particularmente entre los jóvenes de familias venidas a menos). A principios del siglo XX el Estado creció más que el conjunto de la economía aunque sin alcanzar los niveles de desborde a los que llegaría en los años posteriores (entre 1900 y 1910 el

presupuesto del Estado central crecía 2,6 veces mientras el producto no llegaba a duplicarse). Esta sola característica, sin embargo, hacía que se convirtiera en uno de los principales demandantes del mercado para proveer a sus fuerzas militares, policiales y del servicio civil.

Cuadro nº 6: Presupuestos nacionales y deuda pública 1881-1914 (en miles de pesos oro)

Año	Ingresos	Gastos	Deuda pública	Servicios	% deuda sobre presupuestos
1881	21.345	28.381	107.075	8.766	45,2
1885	26.581	40.515	133.381	10.312	32,5
1890	29.143	38.145	355.762	12.958	38,6
1895	38.226	48.505	401.863	15.469	43,5
1900	64.858	68.580	447.191	26.886	41,5
1905	90.423	141.470	384.437	30.945	34,9
1910	133.094	180.947	452.790	28.518	24,3
1914	110.029	194.371	545.023	37.116	18,7

Fuente: Elaboración propia basada en Vicente Vázquez Presedo, Estadísticas históricas argentinas. Primera parte, 1875-1914, Buenos Aires, Macchi, 1971, p. 93.

El período en que el crecimiento económico hacia fuera se consolidó estuvo lejos, entonces, de ser homogéneo, no sólo porque se desarrollaron etapas diferenciadas dentro de lo que se supuso como una evolución lineal sino también por la heterogeneidad en las propias características de cada una de estas etapas. Si bien la exportación el motor de tal crecimiento, una de las principales características de estos años fue justamente la conformación de un mercado interno (y nacional) de productos y de factores de producción. Este mercado comenzó a mostrar en ciertas áreas los rasgos más distintivos de las sociedades de consumo masivas que habían surgido en Europa occidental y en los Estados Unidos. Otras regiones, sin embargo, permanecían más ajenas a la llegada de tal modernidad. La política económica, por otro lado, no podía llegar a definirse ni como librecambista ni como intervencionista sino como una mezcla de pragmatismo y flexibilidad. Es que fue en esa posición intermedia, con referencia a los rígidos modelos de las interpretaciones sobre el desarrollo, donde la economía argentina encontró su difícil equilibrio: entre el dinamismo externo y el interno, entre la pujanza de una región y el estancamiento de la otra, entre la indefinición de políticas y el dogmatismo. Esta característica, que llevaría a la Argentina de entonces a alejarse tanto de la evolución que tenían otros países de América Latina así como de los Estados Unidos, fue la que plasmó los éxitos y los límites de una etapa que los argentinos tienden a asociar con el mejor momento de su vida económica.

Bibliografía

- Chiaromonte, José Carlos, Nacionalismo y liberalismo económicos en la Argentina, 1860-1880, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1971.
- Cortés Conde, Roberto, El progreso argentino, Buenos Aires, Sudamericana, 1979.
- , Dinero, deuda y crisis. Evolución fiscal y monetaria en la Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 1989.
- , La economía argentina en el largo plazo (siglos XIX y XX), Buenos Aires, Sudamericana, 1997.
- Della Paolera, Gerardo, "Experimentos monetarios y bancarios en Argentina: 1861-1930", Revista de Historia Económica, Nº 12, otoño de 1994.
- , Dinero, intermediación financiera y nivel de actividad en 110 años de historia económica argentina, Buenos Aires, ADEBA, 1996.
- Díaz, Alejandro Carlos, Ensayos sobre la historia económica argentina, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
- Dorfman, Adolfo, Historia de la industria argentina, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1942.
- Ferrer, Aldo, La economía argentina, Buenos Aires, BCE, 1964.
- Flichman, Guillermo, La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino, Buenos Aires, Siglo XXI, 1977.
- Ford, Alec, patrón-oro, 1880-1914: Inglaterra y Argentina, Buenos Aires, Ed. Instituto Di Tella, 1969.
- Gallo, Ezequiel, La pampa gringa, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.
- Gallo, Ezequiel, y Cortés Conde, Roberto, La formación de la Argentina moderna, Buenos Aires, Paidós, 1973.
- Giberti, Horacio, Historia económica de la ganadería argentina, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1981.
- Oddone, Jacinto, La burguesía terrateniente argentina, Buenos Aires, Libera, 1934.
- Ortiz, Ricardo, Historia económica de la Argentina, Buenos Aires, Plus Ultra, varias ediciones.
- Phelps, V. H., "El crecimiento de las inversiones extranjeras en la Argentina", en Marcos Giménez Zapiola (comp.), El régimen oligárquico, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
- Regalsky, Andrés, Las inversiones extranjeras en la Argentina (1860-1914), Buenos Aires, CEAL, 1986.
- Sabato, Jorge, La clase dominante en la formación de la Argentina moderna, Buenos Aires, CISEA/GEL, 1987.
- Schvarzer, Jorge, La industria que supimos conseguir, Buenos Aires, Planeta, 1996.
- Scobic, James R., Revolución en los Pampas. Historia social del trigo argentino, 1860-1910, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1968.

Directora de tomo. Mirta Zaida Lobato

Vázquez Presedo, Vicente, Estadísticas históricas argentinas. Primera parte, 1875-1914, Buenos Aires, Macchi, 1971.

—, El caso argentino: migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914, Buenos Aires, EUDEBA, 1971.

Williams, John, El comercio internacional argentina en un régimen de papel moneda inconvertible, 1880-1900, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, 1922.

Zalduendo, Horacio, Libras y rieles, Buenos Aires, El Coloquio, 1975.

Nota

1 Octavio C. Botalla, La sociedad de antaño, 1908, pp. 102-3.